

La era del odio desideologizado

ANDREA ZHOK :: 18/11/2024

La destrucción de la esfera política, alimentada durante décadas por el «piloto automático de la economía», ha llegado a su fin, produciendo una nueva forma de tribalismo naturalista

En la degeneración contemporánea del escenario político, una de las cosas más llamativas es el desencadenamiento de actitudes de ferocidad, desprecio, deshumanización, psiquiatrización, demonización del adversario. Lo podemos comprobar en estos días posteriores a la victoria de Trump, con una proliferación de crisis nerviosas que emergen en Internet y en las publicaciones ante la «victoria del Mal», pero lo vemos continuamente en mil contextos. Vimos esto en los días de Covid, donde intentábamos justificar las manifestaciones de maldad, crueldad y deseos de muerte con la dinámica psicológica del miedo. Lo vemos en la forma en que se desarrollan (o más bien NO se desarrollan) los discursos sobre cuestiones de «corrección política», donde cualquier discusión abierta es imposible y donde las sensibilidades histéricas dispuestas a arremeter y destruir el «Mal» son omnipresentes. Lo vemos en la demonización de la alteridad política a nivel internacional.

Lo sorprendente es cómo esta tendencia hacia el conflicto irreconciliable, hacia la repulsión sin descuentos ni mediaciones, se produce precisamente en la época por excelencia del «fin de las ideologías», el «fin de los grandes relatos», de la «secularización».

Como nos han contado muchos acontecimientos históricos, estamos acostumbrados a asociar el choque sin límites con la fricción entre identidades fuertes, identidades colectivas irreductibles y visiones del mundo radicalmente alternativas.

En cambio, a menudo se nos ha vendido la modernidad (o la posmodernidad) como el lugar donde hemos sacrificado raíces fuertes y visiones ambiciosas y palingenéticas, pero al menos lo hemos hecho en nombre de la paz, la hermandad y la coexistencia pacífica en una «aldea global» exenta. «. de contrastes radicales.

Excepto que las cosas parecen bastante diferentes de lo que nos han dicho.

Después de la II Guerra Mundial fuimos testigos de la capacidad de reconocimiento mutuo, e incluso de colaboración pragmática, de individuos que se habían disparado unos años antes, de aquellos que pertenecían a visiones del mundo verdaderamente claramente divergentes. En Italia, los democristianos y los comunistas eran portadores de ideologías sólidas y profundamente diferentes y, sin embargo, lograron producir ese documento admirable y equilibrado que es la Constitución. Incluso los antiguos fascistas fueron reintegrados, con la única condición de que no pretendieran volver a proponer la propuesta política que había llevado al país al desastre de la guerra (prohibición de reconstitución del PNF).

Hoy, cuando en todo Occidente la «política de la alternancia» es la alternancia entre

variantes de una misma ideología liberal, con un 90% de superposición de políticas, precisamente hoy el odio irreconciliable entre los partidos, el desprecio mutuo parecen ser las características dominantes.

¿Cómo es posible todo esto?

Bueno, creo que para entender este estado de cosas primero debemos entender algo fundamental sobre la forma que toman los contrastes humanos. Un contraste de naturaleza ideal, cualesquiera que sean los ideales que se comparen, es un contraste que todavía se mueve en una esfera humanamente compartible, al menos por derecho: precisamente la esfera de las ideas. Una idea diferente de otra, una razón irreconciliable con otra razón no dejan de ser ideas y razones, y como tales son potencialmente compartibles: es posible cambiar de opinión, es posible comprender las razones de los demás. Esto significa, trivialmente, que dos visiones del mundo articuladas en ideas y razones, por diferentes que sean, son sin embargo parte de un juego humano común.

En cambio, el proceso de deshumanización ocurre en diferentes formas, esencialmente prepolíticas, típicamente arraigadas en variables naturales. El caso típico ideal es, por supuesto, el racismo, donde todo lo que hace o dice el «racialmente diferente e inferior» se vuelve irrelevante, porque nada puede cambiar su «inferioridad natural». Pero esta esfera natural y prepolítica se ha convertido, de hecho, en la esfera dominante en el discurso público contemporáneo. Así, no importa si Trump y Harris tenían contenidos decentes o indecentes, serios o ridículos, diferentes o iguales; la pregunta seriamente discutida es: "¿Cómo es posible que las mujeres, o los inmigrantes, o los "de color", etc., no votaran por <<uno de los suyos>>?" La diferencia política en primer plano pertenece ahora a una esfera prepolítica, naturalista, impermeable a la razón.

Haber transformado la política en una competencia entre grupos de interés, lobbies y haber vaciado la esfera ideológica convergen en transformar el discurso público en una especie de «racismo universal». Ya sea que las diferencias sean de «raza», «género», «orientación sexual», «etnia», o que se traduzcan en juicios de carácter psiquiátrico, epidérmico o antropológico, en cualquier caso nos encontramos en un terreno donde las razones ya no tienen lugar: sólo queda la repulsión (o atracción) instintiva.

La destrucción de la esfera política, alimentada y engordada durante décadas por el «piloto automático de la economía», ha llegado a su fin, produciendo una nueva forma de tribalismo naturalista, de «racismo polimórfico universal», que ya no conoce ninguna alternativa a la exclusión del otro, posiblemente hasta su aniquilación. Lejos de ser el viático de formas de coexistencia pacífica, la destrucción de identidades e ideologías políticas trae consigo la semilla de un conflicto ilimitado.

Se han creado las condiciones para un futuro de guerras civiles y actitudes genocidas en el extranjero.

LAntiDiplomatico.it

<https://www.lahaine.org/mundo.php/la-era-del-odio-desideologizado>